
A QUINIENTOS AÑOS DEL NOMBRE DE AMÉRICA: LAS SUGERENCIAS DEL MAPA DE WALDSEEMÜLLER (1507)

*Mateo Martinić **

Universidad de Magallanes, Chile

El presente trabajo examina el papel de Américo Vespucio en el establecimiento definitivo de la nueva visión cuatripartita del mundo a través de sus expediciones al Nuevo Mundo, deteniéndose especialmente en ciertas notas de sus relaciones de viaje que lo sugieren como predecesor de Magallanes en la exploración de las tierras patagónicas y, por tanto, como primer explorador de la región austral de Chile.

Palabras clave: Américo Vespucio, cartografía, América, navegación.



FIVE HUNDRED YEARS FROM THE NAME OF AMERICA: THE SUGGESTIONS OF THE WALDSEEMÜLLER MAP (1507)

The present paper examines the role of Americo Vespucio in the definitive establishment of the new four-part view of the world through his expeditions to the New World, with special attention to some notes of his travel logs which suggest him as a predecesor to Magellan in the exploration of the Patagonic lands and therefore as the first explorer of Chile's southernmost region.

Keywords: Americo Vespucio, cartography, America, navigation.

* e-mail: meteo.martinic@umag.cl, Punta Arenas, Chile.

A COMIENZOS DEL SIGLO XVI, EN EL PUEBLITO DE SAINT DIÉ, situado en el corazón del ducado de Lorena, entonces territorio occidental del Santo Imperio Romano-Germánico, funcionaba desde antiguo un monasterio cuya historia particular podía asemejarse a las de tantos otros centros religiosos de Europa, a la vez sitios de meditación cristiana, de preocupación y creación intelectual y de trabajo manual en artes aplicadas, características que los habían hecho desde un milenio antes verdaderos repositorios y faros iluminadores de la cultura occidental. Pero Saint Dié habría de ser protagonista hace cinco siglos, en los albores de la decimosexta centuria después de Cristo, de un suceso que tendría repercusión particular en la historia de la geografía universal, más aun en las tierras que desde hacía algunos lustros la aventura exploratoria colombina había introducido en los mapas del mundo. Allí, en 1507, se asignó por vez primera en un documento cartográfico el nombre de «América» a esos territorios, cuya magnitud geográfica y características de toda clase no acabarían por conocerse por larguísimo tiempo todavía.

Es de interés conocer de qué forma se asignó esa denominación y cómo la misma tuvo que ver, de cierto modo, con el hallazgo de las tierras sobre las que habría de conformarse posteriormente la Nación Chilena.

En la época, el antiguo claustro de Saint Dié era un recinto que convocaba, a manera de cenáculo, a cuantos tenían interés en diferentes disciplinas del conocimiento humanístico y científico, tales como la filosofía, la retórica, la cosmografía y otras, como también de la técnica relacionada con las artes, tanto que así pudieron conformar una pequeña academia que pasó a ser conocida como *Gymnasium Vosagense*; esto es, Gimnasio de los Vosgos, por las montañas boscosas en que se situaba el poblado, y que surgió y se desarrolló con el mecenazgo del duque René II de Lorena. Pero importa añadir que quienes así se habían agrupado lo habían hecho no sólo por aumentar su ciencia y su cultura, sino para difundirlas por toda Europa. Y para ello disponían de una pequeña imprenta, esa maravilla de la técnica manual que el genio del alemán Johann Gutenberg había puesto al servicio de la humanidad desde mediados del siglo XV, generando así la primera revolución del conocimiento humano después de la invención de la escritura.

Y entre tantos que por allí se reunían había un hombre todavía joven, llamado Martín Waldseemüller, clérigo de profesión, originario de un antiguo pueblo ribereño del lago Constanza. Aunque sus estudios formales los había realizado en la Universidad de Friburgo, llevado por su vocación artística había practicado dibujo en Nüremberg, al parecer con el cé-

lebre maestro Alberto Durero. En Saint Dié, Waldseemüller se unió a un grupo de cartógrafos, dibujantes, grabadores y tipógrafos: a Nicolás Lud, propietario de la imprenta o a lo menos su depositario, pues la misma funcionaba en su morada; a Jean Basin, canónigo y experto en retórica y al poeta Mathias Ringmann, todos bajo la autoridad superior de Vaudrin Lud, también religioso y hombre de confianza del duque de Lorena. Este, en buenas cuentas, fue el cenáculo del que surgió la iniciativa de publicar una obra, la *Cosmographiae Introductio*, con la que se deseaba divulgar las asombrosas novedades que la audacia exploratoria de tantos navegantes había aportado hasta entonces a la geografía del mundo, propósito que hubo de materializarse durante 1507.

Todo había comenzado tiempo antes, cuando llegó a conocimiento del duque René y de la gente de Saint Dié una copia de la carta que un tal Amerigo Vespucci había enviado algunos años atrás a Piero Sonderini, gonfaloniero vitalicio de la rica ciudad-estado de Florencia, de la que aquél era originario, y en la que le relataba los cuatro viajes que había emprendido por diferentes regiones del Nuevo Mundo, principiadas a descubrir por Cristóbal Colón a partir de 1492, acompañando asimismo un mapa que complementaba la relación.

El documento, que en copia había llegado al duque de Lorena, era, estaba claro, oro puro para el conocimiento común, en buena parte todavía ignorante de aquel estupendo acontecimiento. Era una revelación de las maravillas geográficas, naturales y humanas que contenían las nuevas tierras, que debían ser conocidas por la mayor cantidad posible de personas, para placer cultural de la cristiandad y para la gloria de Dios Creador, que así lo había hecho posible con su obra portentosa.

Importa saber, para la mejor comprensión de lo que se expone, quién era el tal Amerigo Vespucci. Ya está dicho, era florentino de nacimiento, hombre ilustrado por sobre el común, con particular inquietud e información sobre viajes en tierras lejanas y la geografía del mundo, cuyos avatares de la vida lo habían llevado, siempre al servicio de su patria y de sus intereses mercantiles, hasta Sevilla, en España, durante los años postreros del siglo XV. La ciudad del Guadalquivir era por entonces, y lo sería por mucho tiempo más, el puerto donde se organizaban y desde donde salían, y al que retornaban (cuando tenían suerte para lograrlo) diferentes expediciones con rumbo al Nuevo Mundo, en procura del adelanto de su conocimiento geográfico, de su ocupación dominadora por gentes de España y, tan importante si no más, de la extracción de sus riquezas. Sevilla, pues, era una colmena, literalmente, que bullía por causa de tal fenómeno, donde las noticias de las tierras y mares nuevos entraban hasta por los poros de quien recorría sus malecones, circulaba por sus calles, frecuentaba mesones y tabernas, oficios mercantiles y despachos gubernativos o entraba a las casas de ricos mercaderes y oficiales reales.

Así aconteció con Vespucci, hombre abierto al saber y más todavía al que se refería a la cosmografía, y tanto que sin pensarlo dos veces dejó el servicio de la República Florentina y se incorporó en 1497 como supernumerario en la expedición comandada por Alonso de Hojeda. Valimiento cierto debió tener ante los agentes reales como para lograr algo que no era entonces cosa corriente, vale decir, que un extranjero participara en una empresa exploratoria castellana en el Nuevo Mundo.

Este viaje permitió al florentino conocer las costas de México, Florida y Virginia, que el capitán español mencionado descubrió y exploró para el conocimiento de Occidente. Al mismo tiempo siguió un segundo, en 1499, también con Hojeda, que lo condujo por el litoral de Venezuela y la parte más septentrional del Brasil. Es claro que alguna fama debieron darle esos viajes, quizá como relator de los mismos, como para que hacia 1500 el rey Manuel de Portugal lo invitara a incorporarse en la expedición que se organizaba en Lisboa para adelantar en el descubrimiento y exploración de la parte sudoriental del Nuevo Mundo hasta entonces conocida, esto es, la Tierra de la Santa Cruz según la había nombrado el navegante Alvares Cabral, que en reciente viaje la había revelado para el conocimiento geográfico, y que el tratado acordado entre los reyes de Portugal y de Castilla en Tordesillas había dejado bajo la jurisdicción lusitana.

Tal fue la expedición, encomendada al parecer al capitán Gonzalo Coelho, en la que Vespucci debía intervenir no sólo como cronista con experiencia, sino también como asesor geógrafo. Partieron de Lisboa hacia mediados de 1501 en demanda de la Tierra de Santa Cruz, en un periplo que tomó quince meses y veintisiete días entre la ida y el regreso. Así los portugueses navegaron siempre con rumbo austral, bordeando aquella tierra inconmensurable que cada vez, según lo advertía el perspicaz Vespucci, parecía ser un verdadero continente, hasta alcanzar la línea del meridiano que señalaba el límite occidental de la jurisdicción que tocaba a Portugal según el Tratado de Tordesillas y que corresponde al actual 46° 30' oeste de Greenwich.

Al arribar a este punto las carabelas lusitanas, tuvo ocurrencia un hecho singular no menos curioso, que ha llevado a muchas conjeturas a los biógrafos de Vespuccio –como podemos adelantar, no tardaría en conocerlo la posteridad– y a los historiadores de los descubrimientos y primeras exploraciones marítimas sudamericanos, como fue el hecho de que el capitán Coelho cediera temporalmente, mientras se tuviese la noción de hallarse fuera de la jurisdicción atribuida a Portugal, la responsabilidad de la continuación del viaje al florentino. Ello, de inmediato lleva a preguntarse sobre qué tanto podía saber éste de navegación y pilotaje, y acerca del modo como el mismo había podido adquirir tal competencia. No corresponde, por la necesaria brevedad de la exposición, abundar sobre tan interesante tópico; así que damos por buenos los argumentos –que los hay y suficientes, en cuanto efectivamente Vespucci tenía la capacidad suficiente para manejarse en el mar en calidad de piloto– entregados por quienes han estudiado con detenimiento el asunto, el viaje, la persona y los conocimientos del florentino¹.

Se desarrolló de entonces en adelante un trayecto largo de 500 leguas que condujo a las naves portuguesas hasta muy al sur bordeando la tierra, hasta el paraje litoral donde

¹ Cfr. la obra clásica del eminente historiador argentino LEVILLIER, R., *Américo Vespuccio*, Cultura Hispánica, Madrid, 1966. Acerca de la trascendencia del suceso –el traspaso del mando– nos remitimos a la opinión de Germán Arciniegas, ilustre historiador y escritor colombiano que también se ocupó del personaje: «Por primera y única vez fue comandante de una flota. No le escogió para esto ningún rey, ni ganó el mundo por asalto. Él había sugerido la ruta que debía seguirse, había acertado en sus indicaciones, era el cosmógrafo. Y el común lo aclamó (...) Esta fecha del 15 de febrero de 1502 merece quedar en el calendario de América como el día clásico». ARCINIEGAS, G., *Amerigo y el Nuevo Mundo*, Hermes, México-Buenos Aires, 1955, p. 148.

desemboca un río al que se llamó «de Cananor», que se ha tenido y tiene por el actual Camarones, cuya desembocadura se abre hacia los 48° de latitud austral. El rumbo seguido de ahí en adelante ha sido materia de una controversia que no ha concluido todavía de manera satisfactoria para la aceptación general de los historiadores, cuyo origen está en la parte de la relación que Vespucio elevó después al rey y que debe ser conocida.

[...] se levantó en el mar una tormenta tan temeraria que nos hizo amainar del todo nuestras velas, corrimos a palo seco, con mucho viento, que era el lebeche, con olas grandísimas y el aire tormentoso; y era tanta la tempestad que toda la flota estaba con gran temor. Las noches eran muy largas, y tuvimos una, la del 7 de abril, que fue de quince horas, porque el sol se encontraba al final de Aries, y en esta región era invierno como puede calcular V.M. En medio de esta tormenta avistamos el día 7 de abril una nueva tierra, de la cual recorrimos cerca de veinte leguas, encontrando la costa brava; y no vimos en ella puerto alguno ni gente, creo porque era el frío tan intenso que ninguno de la flota se podía remediar o soportarlo. De modo que viéndonos en tanto peligro y tal tormenta, que apenas podíamos ver de una nave a otra por las grandes olas que se levantaban y por la gran cerrazón, acordamos con el capitán mayor [Coelho] hacer señales a la flota que se reuniese, y dejar la tierra camino de Portugal. Y fue de muy buena decisión, porque si demoramos aquella noche, de seguro nos perdemos todos. En cuanto viramos, la noche y el día siguiente arreció tanto la tormenta, que temíamos perdersos y tuvimos que hacer votos de peregrinos y otras ceremonias, como es de uso de marineros en tales ocasiones².

La discusión académica, como puede imaginarse, se ha centrado en tres aspectos principales: la identificación del «lebeche» como viento de ocasión y sobre la orientación de su fuerza; acerca del punto en que las naves portuguesas se apartaron de la costa, y respecto de cuál fue el rumbo que siguieron después hasta la decisión del retorno definitivo. Digamos de paso, en lo tocante al primer aspecto –para que se sepa hasta dónde puede llegarse en la defensa de posiciones académicas– que, varios siglos después de escrita la relación, la palabra «lebeche», que significaba viento sudoeste en la jerga náutica de la época, fue maliciosamente cambiada por «sirocco», que quiere decir viento del sudeste, con lo que se pudo alegar que el fundamento argumental en que se basaban quienes defendían a Vespucio era equivocado y que tal error procedía de la cita del propio navegante.

Personalmente, la lectura cuidadosa y reflexiva de los antecedentes históricos nos ha llevado, hace ya mucho tiempo, a la convicción acerca de que el rumbo decidido por Vespucio, o al que fue forzado por la dirección del viento, estuvo más próximo a la costa que lo que han sostenido los que estiman lo contrario. O sea, que el rumbo en vez de ser sur-sureste, con variaciones, pudo ser derechamente al sur, si no al sur-suroeste, lo que, está visto por

² AMÉRICO VESPUCCIO, *Lettera*. El destacado es nuestro.

la relación de Vespucio al rey Manuel, le permitió acercarse nuevamente al continente y avistar un tramo de costa desconocida.

Que lo escrito, por otra parte, correspondía a una experiencia navegatoria muy brava, que es propia de la latitud geográfica en que se supone se encontraba el navegante, quedaría archiconfirmado con las experiencias –algunas trágicas– de tantas otras naves veleras durante los cuatro siglos que siguieron cuando se internaron en el aterrador dominio oceánico de los bien llamados «cuarenta bramadores» o «cincuenta rugientes».

Dicho sea de paso, a Vespucio debemos otra novedad al cabo de ese viaje memorable: observador contumaz como era, de lo que no podía escapar ciertamente el firmamento austral –Levillier lo llamó «perpetuo cazador de estrellas»–, el primer dibujo de la Cruz del Sur, nuestra constelación heráldica emblemática y que recogió junto con tantas anotaciones y observaciones «en un librito mío que especialmente escribí durante esta navegación», según lo recordaría más tarde, obra que lamentablemente se perdió tempranamente y que, de haber sido conocida, hubiera permitido esclarecer varios de los aspectos del viaje que han suscitado controversia académica.

Dejemos, de momento, este asunto que puede ser apasionante vista su trascendencia para las expediciones que siguieron hasta el gran viaje de Magallanes en 1520, y retornemos a los académicos del cenáculo de Saint Dié, y a su *Cosmographiae Introductio*. Para ello iremos de la mano del florentino, quien nos iluminará, además con su relación de viaje.

Así, lo que nos importa es que Vespucci al cabo de aquel notable periplo, durante cuyo transcurso acumuló tantísimas observaciones como él únicamente podía hacerlas, con intuición y ciencia, que añadió a las precedentes obtenidas en sus otros viajes, pudo concluir certera y genialmente que toda aquella inmensidad geográfica avistada por primera vez en 1492 y acrecida más y más hacia el septentrión, el meridián y el occidente desde entonces, era, definitivamente, un «nuevo mundo» que, por donde se lo viera, nada tenía que ver con las Indias imaginadas por Colón, en tanto que extensión ultraoriental del continente asiático, en un equivocado entendimiento de una dimensión planetaria reducida. Aquello era otro continente, una nueva y colosal cuarta parte que venía a sumarse a las clásicas tres precedentes (Europa, Asia y África) cuya noción venía desde la Antigüedad grecorromana.

Sobre todo ello, viajes, descripciones de variada clase acerca de gentes, flora, fauna, formas geográficas, recursos, riquezas y producciones, y sobre su convicción de ser aquello un mundo geográfico nuevo y distinto, escribió después, en 1504, Vespucio al gonfaloniero Soderini en una carta extensa de la que hizo copias y procuró circular entre reyes y poderosos para que se tuviera información clara y suficiente. Y así llegó una de esas copias a las manos del duque de Lorena, y de las de éste a los académicos del cenáculo de Saint Dié, quienes maravillados por el relato vespuciano, estimaron que esas noticias portentosas debían alcanzar hasta la gente común. Así, repetimos, se preparó e imprimió la *Introducción a la Cosmografía*, complementada con el Planisferio elaborado por Martín Waldseemüller.

Aquello, por fin, era una manifestación del adelanto formidable alcanzado para la época por la ciencia cosmográfica que venía a dar la razón a los pocos que, en solitario, habían propugnado y propugnaban la creencia en una mayor dimensión de la Tierra y en la existencia de otros territorios de posible gran magnitud, diferentes a los que integraban las

clásicas tres partes del mundo habitado. Vespucci, sin más pretensión que la de dar cuenta de su razonable conclusión, acabaría por demoler la equivocada teoría cosmográfica en vigencia hasta fines del siglo XV a la que todavía algunos porfiados se aferraban, así como a los mitos que habían surgido a su vera, y todo ello al amparo de autoridades que hasta entonces habían sido tenidas como incontrovertibles.

De esa manera, sin haberlo pretendido y con sólo su claridad perceptiva, Amerigo Vespucci ganaría una fama imperecedera: la de ser el heraldo del nuevo conocimiento geográfico de la humanidad. Bien cabía entonces –aunque él nunca lo hubiera pensado en ese momento– que su nombre se asociara para siempre con esa verdadera revelación, que así se la tuvo por la gente culta y por el vulgo. Y tal sucedió en efecto una vez que el cartógrafo Martín Waldseemüller elaboró el planisferio que complementaba la edición de la relación de Amerigo Vespucci y que vio la luz pública junto con la *Cosmographiae Introductio* hace cinco siglos cabales, y estampó la forma latinizada femenina del nombre Amerigo, esto es, «América», como topónimo denominador de la tierra firme en el interior de la parte meridional mayor, que el cartógrafo incorporó en el gran mapa con una individualización propia. Más todavía, en la parte superior central, como exorno, se dibujaron las figuras de quienes debían ser tenidos como los inspiradores de la construcción del planisferio: a la izquierda, el gran geógrafo de la Antigüedad Claudio Ptolomeo, y el adelantado de la Modernidad del conocimiento cosmográfico, Americe Vespuci, junto a sendos mapas con sus respectivas contribuciones a la geografía.

De ahí en más se acrecentó el prestigio del último como navegante y experto en la ciencia cosmográfica y en arte cosmográfico, y así no hubo de extrañar que ahora el rey Fernando I de España lo invitara a pasar a su servicio, nombrándolo en 1508 Piloto Mayor con sede en la Casa de Contratación de Sevilla, ese verdadero ministerio de asuntos ultramarinos del reino castellano-aragonés, donde entre varias otras cosas, en lo que nos interesa, se recogían, incorporaban a las cartas en construcción y al fin se atesoraban todas las noticias aportadas por los navegantes al regreso de sus viajes por el Nuevo Mundo y el orbe entero, como era norma obligatoria por decreto del rey Fernando al tiempo de fundarse la Casa de Contratación. Sobre tal base se elaboraban y mejoraban constantemente los mapas del mundo, en particular el Padrón Real, la carta maestra u oficial del reino. Ese nombramiento, honroso por demás tratándose del primero para el cargo, recaído en quien nacido extranjero sólo desde tres años antes había adquirido la nacionalidad castellana, pasando a ser desde entonces su nombre Américo Vespucio, en la forma españolizada que nos es familiar.

Dejémoslo hasta aquí, que más no requiere en este aspecto el ilustre personaje que nos ocupa, para ocuparnos ahora del otro aspecto que mencionamos al comienzo de la exposición, o sea, de cómo lo acontecido tuvo que ver con el futuro hallazgo de la primera tierra chilena y, por tanto, de por qué consideramos a Vespucio como figura y su periplo navegatorio austral de 1502 como partes de la historia chilena, particularmente de la magallánica.

Y lo hacemos retornando a las conjeturas referidas al punto más meridional alcanzado en el viaje de marras, pero para abundar acerca de la intuición anticipatoria del cosmógrafo respecto de la posibilidad de encontrar por ese mismo rumbo del meridión el paso que, a través del continente, franqueara el acceso al Asia procediendo del naciente.

Ciertamente Vesputio tuvo esa inspiración y, por tanto no es demasía pensar que pudo elaborar notas y comentarios que habrían de ser utilizados más tarde por cuantos, sobre su huella, intentaron repetidamente el reconocimiento y el descubrimiento del litoral sudoriental del continente nuevo, materia que asumió grande importancia tras el avistamiento, hecho en 1513 por Vasco Núñez de Balboa desde las alturas de Darién, de un océano enorme ubicado a la vera occidental del Nuevo Mundo o América, que recibió entonces la denominación de «Mar del Sur» y que con tal certidumbre hubo de servir de acicate para llevar adelante la búsqueda.

Curiosa y notablemente, ese verdadero hallazgo geográfico había sido representado de modo anticipado dos veces en el planisferio de Waldseemüller. ¿Cómo no aceptar así, que si en lo tocante a los territorios nuevos se le había reconocido a Vesputio la paternidad inspirativa, pueda y deba acreditársele la intuición anticipatoria del gran mar del occidente americano, el futuro océano Pacífico, y, si no, de la posesión de alguna antigua información sobre la materia?

A contar de entonces (1512) bien en vida de Vesputio, o desde el principio de la gestión de Juan Díaz de Solís, su sucesor en el cargo de Piloto Mayor del Reino de Castilla, que para el caso es lo mismo que decir España, porque ya se anticipaba la fusión de la corona castellana con la aragonesa a contar de la sucesión del rey Fernando el Católico, la organización de expediciones hacia el meridión sudoriental de América pasó a ser cosa de política de Estado en España, y no de menor interés en Portugal, aunque de manera secreta, por hallarse aquel extenso y en parte desconocido litoral más allá de la línea de Tordesillas.

De ese modo tuvieron origen, desarrollo y diferente resultado tres expediciones conocidas, la portuguesa al mando de Joao de Lisboa (1514), con mucho de misteriosa y a la que se ha atribuido incluso el hallazgo de un canal transcontinental austral, supuestamente el actual estrecho de Magallanes; la de Juan Díaz de Solís (1515-16), que concluyó abruptamente con su muerte en el río de la Plata; y la de Fernando de Magallanes (1519-1522), que sería la feliz descubridora del paso entre los mares del Norte y del Sur, con la primera circunnavegación del globo por añadidura.

De las tres, la primera y la última de las mencionadas pudieron disponer entre los valiosos datos que debían servirles en la navegación exploratoria y descubridora, de aquellos que debieron ser el fruto de las conjeturas e intuiciones geográficas de Vesputio.

Para afirmarlo, qué mejor que recurrir al testimonio de quien tuvo éxito en la empresa, Magallanes, cuando en la faena de exploración arribó a la tierra que llamó «de Marzo» (entre los 44° y 47° de latitud en los primeros mapas postmagallánicos), próxima a la bahía de San Julián donde pasaría el invierno su flota:

Saltó allí en tierra Magallanes y hizo cabañas para estar: mas como no había lugares, ni gente, a lo menos no parecía, pasaban triste vida. Padecían frío y hambre, y aun murieron algunos de ella: porque no ponía Magallanes grande regla y tasa en las raciones, porque no faltase pan. Viendo la falta, necesidad y peligro y que duraban mucho las nieves y mal tiempo, rogaron a Magallanes los capitanes de la flota y otros muchos que se volviese a España

y no los hiciese morir buscando lo que no había: y que se contentase con haber llegado donde nunca español llegó. Magallanes dijo que le sería muy grande vergüenza tornarse de allí por aquel poco trabajo de hambre y de frío, sin ver el estrecho que buscaba, o el cabo de aquella tierra: y que pronto se pasaría el frío, y el hambre se remediaría con la orden y tasa que andaban y con mucha pesca y caza que haber podían: que navegasen algunos días venida la primavera hasta subir a setenta y cinco grados, pues se navegaba Escocia, Noruega y Islandia, y pues había llegado cerca de allí Américo Vespucio: y sino hallasen lo que tanto deseaba que se volvería. Ellos y la mayor parte de la gente suspiraba por volverse, le requirieron una y muchas veces que sin ir más adelante diese vuelta. Magallanes se enojó mucho por ello y mostrándoles dientes como hombre de ánimo y de honra, prendió y castigó algunos³.

Cabe aquí traer a colación la cita que se hiciera antes de la relación de Vespucio y recordar cómo el 7 de abril de 1502 el piloto avistó «una nueva tierra [más hacia el sur del último punto anterior conocido y nominado] de la cual recorrimos cerca de 20 leguas [unos cien kilómetros], encontrando la costa brava: y no vimos en ella puerto alguno, ni gente...», referencia indubitable para quien esté enterado de lo que es la geografía litoral de Santa Cruz al sur del cabo Blanco (posible latitud del río de Cananor), en cuanto es de apariencia poco acogedora, sin fondeaderos aparentes ni población y recursos a la vista. Está claro, otra vez, que Vespucio navegó siquiera brevemente por la costa sudpatagónica, tal vez hacia los 50°. De ahí que suscribimos el aserto de Arciniegas en cuanto que «quien diera un paso más allá de lo reconocido por Amerigo, hallaría el estrecho. Y Magallanes lo dio trece años después»⁴.

El gran capitán lo haría en su hora con la certidumbre de quien va en la vía correcta; de allí la frase famosa que pronunciara cuando se hallaba en San Julián y los que cuestionaban su autoridad y su decisión de proseguir explorando pasado el invierno de 1520, de que seguiría hasta el polo antártico en su determinación, y aunque para ello hubiese que alimentarse con los cueros de que estaban forrados los mástiles de sus naos.

¿Cómo podía estar tan seguro Magallanes acerca de lo que debía hacer?, podemos preguntarnos. Pues, añadimos en respuesta, porque con él andaba como piloto de su propia nave capitana Andrés de San Martín, un cosmógrafo experto. Y el mismo no era otro que quien había sido el antiguo apoderado y ejecutor testamentario de Américo Vespucio, es decir un hombre de su plena confianza y, en cierto modo, el heredero de su tesoro de información en cuanto se refería al Padrón Real.

No fue, pues, obra de la casualidad ni una mera coincidencia que Andrés de San Martín se incorporara después a la expedición de Magallanes. En la historia más que esas circunstancias, lo que suele darse es una concatenación de hechos que se condicionan unos a otros

³ Este testimonio fue recogido y consignado por el cronista español López de Gómara en LÓPEZ DE GOMARA, *Historia General de las Indias* (edición de Zaragoza, 1555). El destacado es nuestro.

⁴ ARCINIEGAS, *op. cit.*, p. 252.

hasta conseguir como resultado un suceso relevante. Entendido así, en la organización de la expedición magallánica y luego en su desarrollo debieron intervenir otros varios, además de su responsable principal a lo largo del transcurso del tiempo que pudo mediar entre la idea primera y el resultado exitoso del 21 de octubre de 1520, fecha histórica del hallazgo del paso de mar interoceánico. Sobre ello no se ha logrado tener suficiente claridad y hay no poco de misterio en todo este importante asunto, que tal vez jamás consiga revelarse a satisfacción. Es, en buenas cuentas, lo que hace fascinante a la historia como ciencia del hombre.

Recordemos, asimismo y como digresión, en homenaje a San Martín, que cuando en su momento, ya descubierto y en buena parte navegado el Estrecho, el capitán general de la Armada de Malucas, Fernando de Magallanes, pidió la opinión de sus capitanes, pilotos y maestros, en la junta ocurrida a bordo de la nao capitana mientras se encontraban fondeados frente al río del Isleo, bien avanzado noviembre de 1520, aquél asumió la representación de todos los convocados y manifestó su asentimiento al jefe superior de la expedición, con esas hermosas palabras que el cronista Antonio Pigafetta recogió para la historia: «Creo que Vuestra Gracia debería ir adelante mientras tenemos la flor del verano en la mano para continuar nuestras exploraciones...».

Y retomando el hilo de la exposición, para concluir, reiteramos que la presencia mencionada no fue casualidad ni coincidencia, y Andrés de San Martín mediante, entre Américo Vespucio y Fernando de Magallanes pudo haber un proceso que vinculó a personas, documentos, noticias ocultas o poco conocidas y circunstancias diversas, que puso al segundo en el camino del exitoso resultado conocido, y que, por tanto, ha hecho del primero su auténtico precursor.

Es por eso que consideramos que este quinto centenario que se conmemora este año, el de la publicación de la *Cosmographiae Introductio* por los académicos del cenáculo de Saint Dié, conjuntamente con la del Planisferio de Martín Waldseemüller, en el que por primera vez apareció en un mapa el nombre de América, es un acontecimiento que debe motivar nuestro júbilo porque es una parte trascendente de nuestra propia Historia.*

* Artículo recibido el 30/09/2009 y aceptado el 12/10/2009.

Fuentes

AMÉRICO VESPUCIO, *Lettera*.

LÓPEZ DE GOMARA, *Historia General de las Indias*.

Bibliografía

ARCINIEGAS, GERMÁN, *Amerigo y el Nuevo Mundo*, Hermes, México-Buenos Aires, 1955.

LEVILLIER, ROBERTO, *Américo Vespucio*, Cultura Hispánica, Madrid, 1966.